

arte lírico; poetisa comparable por su seriedad fundamental y su don imaginativo con las mejores de otros países.

Ha enriquecido el tesoro común de nuestro idioma, dando un sentido más puro al lenguaje de la tribu, como decía Mallarmé de Edgardo Poe.

Con Gabriela Mistral y Juana de Ibarburo ha realizado para honor de la América española, una obra de cultura en la que se percibe el impulso cons-

tructivo y el crecimiento casi biológico del telar.

Es que, en realidad, ellas han tejido con fervores maternos, un sentimiento de comunión cordial entre los pueblos, despertando la emoción fraternal que parecía embotada.

Señores senadores: Pido que nos pongamos de pie en homenaje a la gran poetisa argentina Alfonsina Storni.

—Asentimiento

Comentario de Carmen Lyra

Se trata de la novela «Barrio» de Montiel Ballesteros

San José, Costa Rica, América Central.
Octubre 7 de 1939.

Mi estimado Montiel Ballesteros, en Montevideo:

Le escribo esta carta a través de REPERTORIO AMERICANO. Un saludo muy cordial para Ud. y un comentario para su novela BARRIO, que es uno de sus libros que más me ha gustado. Lo hice leer a algunos amigos míos y pasamos un rato bueno comentándolo.

BARRIO está formado por una serie de cuadros y escenas que todos conocemos, que hemos visto pintar por la vida sobre el lienzo del espacio y del tiempo. Al leer su novela, he tenido la impresión de que de los rincones de mi memoria iban saliendo a la luz muchas imágenes. Algo así como esas calcomanías con que juegan los niños: paisajes y figuras en colores que van apareciendo conforme el dedo humedecido remueve la película de papel que las cubre. En su barrio de Montevideo está resumido todo el proceso de desarrollo de barrios en los últimos tiempos a lo largo del continente americano. Así hemos visto formarse nuestros barrios en San José de Costa Rica: el Keith, el Luján, los barrios sórdidos de la Cruz Roja. Dijérase que la ciudad hubiese ido arrojando de su recinto a los pobres, como una ama de casa espanta a las gallinas para que no molesten ni ensucien. Son estas gentes las que van poblando los baldíos de los alrededores de la urbe. Su novela es un resumen pintoresco del nacimiento y desarrollo de uno de estos barrios populares: desde las vísperas, como si dijéramos, cuando el terreno está ocioso y sirve lo mismo para nido de parejas de los suburbios que de basurero, hasta cuando los esfuerzos de los vecinos más progresivos llevan la cañería y ponen un tubo público en el centro del poblado y la luz eléctrica a alumbrar calles y casas.

Por sus páginas desfilan tipos, escenas y paisajes tristes, sucios, secos o viscosos, mezquinos, con los cuales nos ha familiarizado nuestra lucha diaria, sin quitarnos por eso el anhelo de borrarlos de la tierra: son los tipos amarillos que comienzan a influir en el destino del futuro barrio, antes del remate. «Por allá, entre el maremagnum gris, amasacotado y mohoso de los edificios, entre ese organismo sórdido, áspero y tumultuoso que forma la urbe, unos hombres amarillos y calvos, unos seres graves como monos enfermos, tristes y anteojudos,

manipulan fúnebres actas de defunción' apolillados papeles sellados, trezado galope de letrero negro, que terminan por descifrar y cuya jerigonza reza que nuestro campito tiene un dueño quien termina por solicitar al Municipio su delimitación, su amanzanamiento y nomenclatura»: es el inspector «que habla como los expedientes»; son los enfermos que se ven obligados a acogerse a la «caridad» fría de los hospitales; son los niños que por allá Uds. llaman «botijas» o pibes parecidos a nuestros limpiabotas y vendedores de periódicos; son los vicios, es la prostitución.

Y sobre el área polvorienta o barriolosa, según las estaciones, pero siempre sucia, con sus casuchas feas y sus gentes mal vestidas y mal alimentadas y sus comadres chismosas, el optimismo del autor busca y encuentra los pastitos verdes, el sol, el cielo, el viento y las estrellas para los que no existe la propiedad ni límite, ni contrato de venta; el italiano silletero que dijérase un lector de Virgilio, que en cuanto está en posesión de su pedacito de tierra lo siem-

bra de árboles y parras y de quien Montiel Ballesteros dice: «lo realmente heroico lo ven los atardeceres y las madrugadas en que arquean al gringo viejo dos latas de kerosene, que rebosa de agua del arroyo y acarrea afanoso y tenaz, hasta que ha dado de beber a toda aquella su múltiple prole vegetal; el «campito», después del remate, y que el autor pinta con el encanto con que el viejo Fabre pinta su «harmas», aquel «rincón de tierra abandonado, estéril, abrasado por el sol, favorable a los cardos y a los himenópteros», en el que canta la curruca entre las lilas y el verderón entre un macizo de cipreses; allí está también Sabadell el catalán: es un tipo que se repite en todos los barrios populares y que uno llega a querer y a estimar, el idealista, el revolucionario, aquel que afirma convencido: «Despertarán un día los hombres! Despertarán o los despertaremos».

Mucho he gozado leyendo su libro, Montiel Ballesteros, y me alegro de que lo haya escrito.

¡Cuántas veces lo he recordado a Ud. y aquellos días ya tan lejanos, en que me llevó a vagabundear por las seculares calles de Florencia y a oír las canciones napolitanas acompañadas de mandolina en las orillas del Arno! ¡Pobre pueblo italiano, tan noble y tan digno de mejor suerte que la que le deparó el Duce! Ya en ese Primero de Mayo que estuvimos juntos en Italia, estaba encima la Marcha sobre Roma y el fascismo criminal en vísperas de desencadenarse sobre el mundo. ¡Cuánta agua ha corrido desde entonces bajo los viejos puentes de Florencia!

Bueno, Montiel Ballesteros, lo saludo con cariño y estimación.

CARMEN LYRA

Dos fragmentos de «Barrio»

— Selección y envío de Carmen Lyra —

El Campito

Una calle vieja, que ha salido de la ciudad a correr mundo, se enamora de aquel rincón verde y solitario y allí se queda, disolviéndose, desparramándose en el ancho descampado baldío.

Caico, seis hectáreas de terreno irregular ondulan suaves, cubiertas de yuyos y de graniillas, cortadas por un arroyito limpio, de vida precaria, al cual en estío, a menudo lo beben los ávidos lengüetazos de fuego de unas semanas de seca.

Única decoración—sobre el horizonte cambiante—empínase un ombú, agobiado de cansancio y de años, protegiendo unas taperas informes y pardas.

Unos caminos zurdos, de curvas dóciles, se cruzan al azar de pasos vagabundos.

Un rectángulo plano, con unas desvaídas rayas de cal y los dos manchones violeta—pelada en el vello verde del campo—de la cercanía de los goles, designa una cancha de football, dinamizada los sábados y domingos por los pibes de los barrios cercanos.

Entre algunas matas, junto a los malvaviscos de raíz tenaz, a la cepacaballo, a los cardos plateados, a las carquejas—rígidos festones de claro verdor—anida algún chingolo rastrero y gaucho, vecino de las ranas escandalosas que croan, gimiendo, entre los berros florecidos, junto a la húmeda fresca de la corriente.

Algún atardecer, unos gandules, mal enfachados, vienen a echarse a fumar sobre el pasto, a hablar de hembras o a combinar alguna ratería.

Un transeunte receloso, perdido, pasa silbando, abanicando ojeadas de desconfianza.

Una barra de muchachones medio borrachos, llora el dolor de un tango.

Y contada pareja, hambrienta de soledad y de misterio, el brazo por el talle, la boca en la boca, beodos de amor, entran en ese paraíso desolado y trágico, donde, sin embargo, existe algún suave declive de arena dorada, en estío, tibia y muelle como un lecho.

Por allí viene el carro que no sabe